



XV

## LOS AUXILIARES DE LA FE EN MÉXICO

Nuestra patria, hija legítima y predilecta de la piadosa España, heredó de ella el culto y el amor á la Inmaculada María. Sus santuarios embellecen en mil pueblos y ciudades el territorio; el nombre más poético de nuestras mujeres significa el misterio de la Concepción de la Virgen; y no hay oración salida de labios mexicanos que no concluya con una bendición á la Inmaculada Doncella.

Creemos que las milicias seculares son fruto de las gracias de María en su Purísima Concepción, y en el país de Hernán Cortés se confirma esa creencia. Vino la declaración del dogma y la clase laica comenzó también en México á dar soldados á la fe.

No mencionaremos sino aquellos que puedan servir de dechado, y callaremos los nombres de los vivos, por ameritados que sean, silencio tan natural que huelga su explicación.

Sin duda omitiremos también á algunos de los principales entre los dignos de alabanza; pero para nuestro propósito cumple ocuparnos sólo en los que vamos á retratar, si el nombre de retratos merecen nuestros groseros esbozos. No somos historiadores, sino simple-

mente traemos á cuenta, en comprobación de una tesis, ciertos hechos históricos.

El que entre todos los escritores laicos del país descuella por ser conjunto de prendas raras y preciosas, es Don Bernardo Couto. (1) Escribió poquísimo, como sucede con todos los ingenios mexicanos, si exceptuamos al Ilustrísimo Señor Munguía, á Alamán y á García Icazbalceta; pues parece que aquí sólo hemos tenido tiempo para ocuparnos en política, si somos hombres públicos, ó para murmurar muy por lo bajo del país y de los gobiernos, si somos hombres privados.

Pero lo que escribió Couto en materia religiosa ó sea el discurso acerca de la Constitución de la Iglesia, es incomparable. Estilo sobrio y limpio; es decir, perfectamente adecuado á la seriedad del asunto; plan uniforme, claramente concebido y fácil y metódicamente desenvuelto, con tintes de tradicionalismo (2) y fuerte color galicano, por efecto de la atmósfera de la época; pero presentado con tal viveza, fuerza y tino, que el error no aparece repugnante y la verdad subyuga al más rebelde.

A pesar de los defectos que hemos advertido, el discurso resultó obra apologética de primer orden. Si Lacordaire sacó inmenso partido del hecho solo de que la Iglesia perdure en medio del combate de las olas y vientos de los siglos, Couto convence más aún, penetrando en la naturaleza íntima de tan asombrosa sociedad, que fundada sin auxilio de ningún poder humano y desarrollándose sin apoyo en ninguna fuerza de la tierra, se ha propagado en todo el mundo, contra las pasiones, los instintos, las costumbres de la humanidad, y á pesar de la división de las razas, de la tiranía de los fuertes y de la volubilidad de las muchedumbres.

No podemos resistir el deseo de insertar algunas líneas, siquiera unas cuantas, del gran escritor:

“Si de la religión de las ideas—dice el señor Couto—bajamos á otro orden de cosas, el espectáculo que presenta la humanidad, no es menos desconsolador. Por todas partes la encontramos dividida en razas antipáticas entre sí, y en mil sociedades distintas, constituidas sobre principios opuestos, enemigas unas de otras, buscando cada una sus creces y medros á costa

de las vecinas, regidas por gobiernos que nacen, se levantan y desaparecen como las olas del mar. Todo división, aislamiento, inestabilidad. Los intereses materiales, los goces de los sentidos, las satisfacciones del orgullo y de la vanidad no sólo buscados con ansia y promovidos con ardor, sino convertidos en virtudes y casi preconizados como el soberano bien. Esto es lo que se ve, echando una ojeada sobre la raza humana, y á la verdad que no era esto lo que se quisiera ver.

“Consideremos en contraposición el plan del cristianismo. Formar de los hombres de todos los orígenes, de todas las condiciones, de todos los pueblos una comunidad, ó más bien una familia, unida por el vínculo santo del amor, y á la cabeza de ella el Dios que se hizo hombre para hacernos á nosotros partícipes de la divinidad, y que desde los cielos preside eternamente como jefe al cuerpo de los asociados: difundir por todo este cuerpo los torrentes de expiación, de virtud y de merecimientos que de tal cabeza se derivan, y comunicarle una vida espiritual é interna, tan enérgica como la fuente de donde procede: ilustrar á esta sociedad con luminosas reglas de conducta, y con el conocimiento de nuevas doctrinas sobre Dios y sobre el hombre, sobre nuestro destino presente y futuro, sobre todo lo que más nos importa saber: dar á esas verdades el carácter de *revelación*, es decir de una comunicación inmediata de la Divinidad con la inteligencia creada y ponerlas así fuera de todo examen y toda duda: erigir en medio de la sociedad una potestad tradicional y permanente, dispensadora de la gracia vivificante del fundador, depositaria de su doctrina para enseñarla en todas las edades á todas las gentes, y mantenerla limpia de las nieblas con que pudiera empañarla el licencioso saber del mundo: comunicar á esa potestad (que es la Iglesia docente) el dón sobrenatural de la infalibilidad; y asegurar, por último, á la obra toda una duración igual á la de los siglos, no obstante que desde el primer momento haya sido, como su autor, *signo de contradicción* (\*), blanco de todo género de ataques: tal es el plan del cristianismo, la idea gene-

(\*) San Lucas, cap. 2, vers. 34.

ratriz de la Iglesia, el designio que está llamada á realizar entre los hombres. Cuando á la razón humana se mostró esto, cierto que se la levantó hasta la región de las concepciones divinas."

Y considérese que la virtud apologética del discurso del señor Couto, resulta como por accidente, pues al menos, al parecer, perseguía el fin único de demostrar que cierto proyecto regalista era atentatorio al derecho de la Iglesia; mas para patentizar éste, llegóse al origen de la divina institución y explicó su naturaleza singular con tan viva luz y tan consumada maestría, que se descubre por el menos bien dispuesto, precisa y claramente, el conjunto armónico y majestuoso del extraordinario edificio, y hay que exclamar mal de nuestro grado, que esa obra no es humana.

Precisamente el no perseguir el discurso un fin directamente apologético, da más fuerza á la apología, porque así lo bello, extraordinario y divino de la Iglesia, resulta de su propio sér y no del colorido que les presta el ingenio del escritor.

¡Bendito sea Dios que de pluma mexicana ha salido obra semejante! Su defecto único es su brevedad, ó más bien dicho, el defecto del autor está en que pudiendo escribir más, mucho más, si no mejor tal vez, haya reducido su labor á un breve discurso, por más que éste puede considerarse como incomparable presea.

Según Menéndez y Pelayo—crítico de irrecusable autoridad—"tal pieza haría la reputación del más encumbrado canonista," y en verdad que el elogio, con ser tan grande, se me antoja mezquino, quizá porque teniendo en México, en materia de ciencias y letras, tan pocas cosas dignas de alabanza, luego que descubrimos alguna, el entusiasmo nos hace extremar los aplausos.

Y por lo que toca al principal objeto (aparente al menos) del discurso, la cuestión de las regalías, ¡con qué claridad aparecen estas verdaderas usurpaciones y despojos! Leyendo esa obra el regalista tiene que declararse anti-católico ó dejar de ser regalista, y yo que confirméme, sólo con la provechosa lectura, en la vieja creencia de que las regalías son abusivas, tiránicas y grandemente corruptoras del clero y de los fieles, deduje como corolario que en nuestro país, entre las fa-

mosas prerrogativas de los antiguos gobiernos con los recursos de fuerza, y la actual independenciam entre la Iglesia y el Estado, ésta es menos perjudicial y más aceptable, por más que no debe desearse como situación definitiva. Supongo que el señor Couto juzgaría lo mismo si viviese. (3)

Ojalá y en nuestras cátedras de derecho canónico se enseñase á los alumnos ese doctísimo discurso, llamándoles sólo la atención acerca de los errores tradicionalistas y galicanos; que con él no sólo tendrían acopio de sana y nutritiva doctrina, sino también modelo de estilo sobrio, castizo y claro, ahora que esas cualidades (la sobriedad sobre todo, que es la modestia del lenguaje) son tan raras y tan apetecibles.

Con pena nos despedimos del gran apologista. Quisiéramos, sin embargo, explicar cómo sus errores galicanos, culpa fueron de los tiempos, más que de su persona.

Si entre Francia y el Papa hasta 1819, en que publicaba José De Maistre el mejor de sus libros, se levantaba un muro de bronce, la influencia de Roma sobre las Américas era apenas la estrictamente necesaria para que no se desatasen del haz de los pueblos cristianos. La expulsión de la Compañía de Jesús trajo como natural consecuencia, el imperio en todos los dominios españoles del espíritu jansenista, que habían mantenido á raya aquellos incomparables soldados, y esa mala peste unida al regalismo de los juristas, alimentaba en todas partes, pero sobre todo en los centros de instrucción, cierta aversión á Roma, no franca, no traducida formalmente á ninguna doctrina heterodoxa, pero no por eso menos real y que naturalmente inclinaba los espíritus á dar más fácilmente ascenso á las opiniones galicanas de Bossuet, que al ultramontanismo de De Maistre.

Por eso cuando en 1825 corrió en la República una falsa encíclica atribuida á León XII, en la que se recomendaba á los Obispos de América predicasen contra la independenciam de las colonias españolas, Couto escribió una disertación en destemplado tono, plagada de errores jansenistas, olvidándose del respeto debido al Pontífice, porque ese sentimiento era tan débil y frío, que aun en las almas de los buenos católicos cedía

muy fácilmente el puesto al desbordado patriotismo de aquella época borrascosa.

Couto se arrepintió de semejantes opiniones avanzadas, tratando de enmendarlas con su discurso de la Constitución de la Iglesia; pero si pecador reparaba cristianamente su falta, hombre de su época no podía desprenderse de prejuicios imbuídos por la educación, cuando sin condenarlas aún la Iglesia, las amparaba el prestigio, casi irresistible, de Bossuet.

Al hablar de las demasías de su disertación de 1825, dice el señor Couto: "Lo único que puede explicar el hecho, es el vértigo general que entonces se había apoderado de las cabezas, y cuyos amargos resultados demasiado ha sentido la República. De ese vértigo queda una prueba visible en el dictamen de los tres censores que calificaron la disertación y le aplicaron el premio. Todos eran personas caracterizadas y de no vulgar ciencia; dos eran eclesiásticos en edad proveya, y uno constituido en dignidad. En el público nadie alzó la voz contra ella. Tal era el imperio del error que, para decir verdad, venía ya de años atrás, y no tenía por cuna á México.

"Yo doy mil gracias á la Providencia por haberme ofrecido ocasión en edad madura de hablar sobre esas mismas materias como creo que corresponde. ¿De qué servirían los años si no fuera para corregir nuestros juicios? Este dicho de un célebre escritor contemporáneo, tiene una aplicación particular después que se ha atravesado toda una revolución. Entonces no hay quien no sienta la verdad del antiguo adagio: "*los segundos pensamientos son más cuerdos.*" (4)

Junto á Couto, (hasta materialmente y dialogando con él acerca de pintura) aparece en nuestra historia el gran Pesado, el primero de los poetas de México por la elevación del pensamiento, y cultura de estilo, si bien que su inspiración no se remontaba á gran altura; pero aunque sus versos tienen muchas veces asuntos religiosos, decorosa y cristianamente tratados, en este capítulo merece mención sólo por sus excelentes artículos apologéticos y polémicos de *La Cruz*, la revista más notable que se ha publicado en México y que desgraciadamente ni subsiste ni tiene imitadores. (5)

Contamos con diarios; pero ¿por qué los católicos

mexicanos no tenemos *revistas*? Los primeros son para el público en general, el *gran público*, como dicen los franceses; las segundas para una clase más reducida, pero más ilustrada y más interesante quizá para el propagador. Los ingleses convierten su revista (la famosa de Edimburgo en que colaboró Macauley, por ejemplo) en un consejero, en un amigo inseparable, y si el periódico los pone al corriente de las noticias diarias, ella les suministra mejor alimento intelectual, proporcionándoles lectura más seria, instructiva y substancial.

Ojalá los Congresos Católicos llevaran á cabo el establecimiento de una publicación semejante, dotada de numeroso y docto cuerpo de redacción, de dirección hábil y prudente, sujeta á un plan bien concebido de antemano y que contase con suficientes elementos materiales de difusión y propaganda.

Entre los historiadores que podemos llamar católicos, porque escribieron con espíritu de tales acerca de la historia religiosa del país, debemos citar al señor García Icazbalceta, docto, juicioso, veraz, diligentísimo; tipo insigne del literato que consagra sus afanes á la fe y á la patria, porque aparte de lo que valían en sí sus servicios, el cristiano desinterés con que los hacía les prestaba el mérito del buen ejemplo, bien que en esta cualidad y felizmente no le iban en zaga ni Pesado, ni Couto, ni los demás que mencionaremos. (6)

Entre los periodistas de combate merecen honrosísima mención Aguilar y Marocho y Don Miguel Martínez, ambos michoacanos y educados en el Seminario de Morelia. (7)

Los dos eran hábiles jurisconsultos y escritores de mérito, pero de muy diverso temple. Martínez, (8) erudito de primer orden, conocía profundamente los Padres de la Iglesia y los Cánones; de su versación en los primeros dió buenas pruebas en diversos discursos y artículos de *La Voz de México*, poco brillantes, pero tan sesudos y juiciosos, como nutridos de doctrina; por su conocimiento de leyes eclesiásticas fué el consultor del Arzobispo de México, y como su ciencia extendíase á todos los ramos del derecho, escribió una colección de luminosos artículos acerca de la cuestión de límites entre México y Guatemala, que mereció ser

impresa á expensas del Gobierno, á pesar de que el ameritado periodista, fué siempre opositor tenaz y decidido de las administraciones liberales.

Su obra de más aliento y más duradera es la historia del sabio Obispo Munguía, notable, no sólo por la exactitud, abundancia de datos y exposición metódica y clara, sino porque da muchas é interesantes noticias acerca de la instrucción en Michoacán. Por desgracia sólo se ha publicado el primer tomo que comprende la vida del señor Munguía hasta que dejó el foro por la Iglesia.

Don Ignacio Aguilar y Marocho era polemista formidable, el primero quizá del país. Mucho menos erudito que Martínez, pero evidentemente más temible en la lucha. Descubría en el enemigo á la primera ojeada el punto vulnerable; embestía con rapidez inaudita; acertaba cuanto golpe dirigiera y paraba todos los del contrario.

La defensa que hizo de un reo acusado por un ministro de Hacienda, réplica brillante á la requisitoria del Ministerio Público ante un jurado, es una de las muestras más notables del talento de polemista del gran escritor.

Cito esa producción porque es una de las muy pocas que corren sueltas. Las demás suyas de polémica política y religiosa, enorme labor de varios años, se publicaron en *La Voz de México*, cuya preciosa colección se adquiere difícilmente.

La lógica de Aguilar, como decía un periódico de la época, apretaba como una tenaza. Su estilo parece á veces incorrecto, pero tiene viveza y flexibilidad extraordinarias; su conocimiento más que de libros, de la vida y del corazón humano, era asombroso, como que su talento natural se había ejercitado tanto en este punto durante su larga carrera diplomática y política. No era malévolo, muy al revés, pero tenía en grado sumo, la astucia y la malicia que tanto necesita el combatiente, de modo que nunca dejaba de descubrir el lado más flaco y elegir el arma más terrible, y si ésta era la del ridículo, sabía manejarla, no con grosería, sino con gracia y arte. Cuando Aguilar se ponía de buen humor, sonaban en su estilo risas y cascabeles, y nada

puede uno imaginarse de más regocijado que su animada prosa.

Martínez y Aguilar fueron cumplidos caballeros, sinceros católicos y desinteresadísimos campeones de la Iglesia. Michoacán les debe gratitud, y ojalá alguna vez se pudiera hacer una edición de sus escritos, para perpetuar su memoria y no dejar perdidos para ésta y las generaciones futuras, tanta producción de valer.

Sería gravemente injusto callar en este capítulo el nombre mil veces respetable de Don Alejandro Arango y Escandón. (9)

Su labor literaria fué escasa aunque valiosa; pero su acción social mucho más fecunda de lo que comunmente se cree. Más que autor, fué mecenas; la juventud católica y estudiosa le debió protección y estímulo, y entiendo que el mayor de sus afanes era el de fundar en el país el apostolado seglar.

Como católico fué incomparable. Empleó sus riquezas, que eran muchas, en hacer el bien, su ciencia en propagar la verdad; su vida que hubiera podido ser de ostentación y lujo, en todo linaje de buenas obras. Y entre esas virtudes, cuya reunión es ya muy rara, poseía otra más rara todavía: el valor de defender la verdad, despreciando los respetos humanos y aun la ira de los poderosos.

Clara muestra de ello es la alocución que dirigió al Mariscal Bazaine en circunstancias solemnes, que un notable jurisconsulto español refería no hace mucho tiempo ante un tribunal y en un pleito ruidoso de la manera siguiente: (10)

"Tocaban las agonías de la guerra de la intervención. Los franceses iban á abandonar el territorio de la República y tratábase de la grave cuestión de si se iba ó no con ellos el Archiduque Maximiliano de Austria. El partido conservador pensaba que así como había luchado con el partido liberal sin auxilio extraño de 1857 á 1862, con igualdad de éxitos, así también podría seguir luchando después de 1867, y lo podría hacer, con mayores esperanzas de éxito, si á las fuerzas naturales del partido agregaba los prestigios de Maximiliano.

"No juzgo esos actos, sino que los narro, que no soy juez sino defensor. Quédese el fallo para el tribunal

de la Historia, y yo no me constituí en magistrado ponente de ese Tribunal augusto.

"El 14 de Enero de 1867 se convocó al Consejo de Estado para que resolviera sobre la abdicación: ¿cómo oponerse á ella, emitir y fundar dictamen en presencia del Mariscal Bazaine, interesado en lo contrario, cuando en ello podía empeñarse la vida?

"El Lic. Don Alejandro Arango y Escandón se resolvió á hacerlo y á afrontar el peligro de frente.

"¿Pero lo haría, se creará tal vez, con frase ambigua, vacilante, medrosa? Va á juzgarlo el señor Juez.

"Expone los antecedentes de la cuestión: afirma que no pertenece á partido alguno, por más que sus ideas le acerquen y mucho á los conservadores: habla de la ambición de los Estados Unidos del Norte, y de que puede serles pernicioso, y agrega: "La ambición ciega, y Dios castiga precisamente antes que todo con esa ceguedad"—y continúa—"séame lícito, señores, preguntar ahora: ¿ha cumplido nuestro aliado con sus deberes? La imparcial Historia lo decidirá. El señor Mariscal Bazaine ha asegurado, según acaba de oír la Junta, que ha tenido bajo su mando más de treinta mil soldados franceses y veintidós mil mexicanos, y que, sin embargo, no ha podido pacificar el país. Nuestro pueblo (y no somos una excepción entre los demás del universo) se ocupa muy poco de formas y sistema de gobierno. Lo digo sin agravio de nadie: aquí, como en otras partes, la cuestión actual es más de policía que de política; y entre nosotros será bendito el gobernante que devuelva á esta desdichada sociedad el sosiego que las malas pasiones de unos cuantos le han arrebatado; que sea un escudo á la honra, á la vida y á la propiedad de los ciudadanos....

"Al que tales conquistas realice, no le preguntaremos los mexicanos si se llama *Emperador* ó *Presidente*. Créalo así el señor Mariscal.

"Me gustan, señores, las reminiscencias históricas.

"En el siglo XVI el Papa Paulo IV declaró la guerra á Felipe II. Trataba de hacer valer ciertos derechos en el Reino de Nápoles, en posesión del cual estaba el Rey Católico, á quien no era, en verdad, fácil hacer prescindir de ninguna de sus adquisiciones. El Papa se buscó auxiliares, y los halló en Francia. La

cuestión interesaba vivamente, como todos saben, á esta nación, y su Rey Enrique II, comprendiéndolo así, envió á Italia buen golpe de gente. Mandábala el Duque de Guisa, noble, entendido capitán, y además de esto, señor Mariscal, muy católico. Pero el Duque de Alba, que valía algo más que el General Sherman, mandaba los tercios españoles, que valían algo más que los filibusteros que han ocupado á Matamoros. La suerte fué adversa á los aliados del Pontífice. El Duque de Alba, de victoria en victoria, llegó á plantar sus reales en las puertas de Roma. Sabéis, señores, cómo se formaban entonces los ejércitos. Alrededor de un pequeño grupo de tropas regulares y disciplinadas, se reunía tupido enjambre de aventureros, cuyas pagas andaban siempre atrasadas, y que no se proponían más que enriquecerse con el botín y los despojos de los pueblos que tenían la desgracia de recibirlos. Gentes sin Dios y sin ley, rara vez respetaban á sus jefes. Roma ya los conocía, y el terror se apoderó de sus moradores. Paulo IV, sin embargo, descansaba tranquilo esperando mucho todavía de sus bravos auxiliares, y sobre todo, de los tratados. ¡Pobre Papa!

"Las cosas entre tanto se habían complicado en el norte de Francia, y Enrique II ordenó al Duque de Guisa que, abandonando al Pontífice, viniese en su propio auxilio. El Duque comunicó la noticia al Papa, y se dispuso á ejecutar la orden; y la historia no le culpa por esto, señor Mariscal, pues que no le tocaba más que obedecer; aunque agrega que no pesaba al Duque de poner término á una campaña como aquella, muy escasa de laureles para él.

"En aquellos terribles momentos, Paulo IV, tomando consejo de su ira, que nadie negará fuese justísima, dirigió al General francés estas memorables palabras, que yo, en nombre del monarca ofendido de México, en nombre de esta nación que, como Paulo IV, no tiene tampoco más culpa que la de haber fiado demasiado en el extranjero, me creo autorizado á repetir ahora á V. E.: "Idos: nada importa. Habéis hecho muy poco por vuestro soberano, menos aún por la Iglesia; nada, absolutamente nada, por vuestra honra."

"Señor Mariscal: los que hemos hecho cuanto hemos podido por el altar, cuanto hemos podido por el trono, y

estamos ciertos de conservar ileso el honor; los que en la lucha presente hemos comprometido la fortuna, la vida, dando así una prueba de que amamos á nuestra patria con un ardor igual á la magnitud de sus desdichas, tenemos derecho á proclamar que no es á nosotros á quienes, ni ahora ni en el porvenir, podrán aplicarse estas palabras."

\* \* \*

Los anteriores mal trazados bosquejos, bastarán, á pesar de su imperfección, no á dar á conocer las fisonomías de esos mexicanos ilustres, cosa que tampoco hemos pretendido, sino á demostrar que en México han existido los verdaderos auxiliares de la Iglesia, es decir, seculares que le han consagrado durante toda ó buena parte de su vida, celo inteligente, desinteresado y valeroso.

¿Por qué los seminarios que produjeron á todos esos hombres, con excepción del señor García, quien á fuerza de perseverancia y aplicación, se formó á sí mismo, no han de dar á México nuevos auxiliares de la Iglesia que imiten tan perfectos modelos?

Si no nos equivocamos, las circunstancias políticas son más favorables que antes á la formación y al desarrollo del laicismo católico. Las luchas de partido absorbieron en otras épocas la energía y la inteligencia de muchos campeones, que hoy darían otra orientación á sus facultades, enderezándolas al servicio de la Iglesia, con sólo que se estimulase en ese sentido, con tenaz empeño, la juventud estudiosa.

Un joven puede ser inteligente, instruído, piadoso, y sin embargo, inútil á la humanidad y á la Iglesia. Es necesario para hacer de él un auxiliar de la religión, despertar en su alma otra facultad, que difícilmente se desarrolla porque la ahoga el egoísmo: el celo.

No queremos que todo seminarista laico sea un apóstol, para eso se necesita vocación especial que nunca es común; pero sí entiendo que en los seminarios se debería encender y estimular en los jóvenes que no sigan la carrera eclesiástica, y en quienes se descubran aptitudes, el celo por la defensa de la verdad. Las congregaciones y sociedades que ya comienzan á fundarse,

pueden dar, bien dirigidas, excelentes resultados; pero más alguna que tuviese por objeto el cultivo de la apologética con más amplitud y profundidad de lo que se estudia en las aulas. (11)

El Dante, en la entrada del infierno, tropezó con una turba de infelices poseídos de dolor, arrojados ahí porque vivieron en el mundo sin merecer alabanza, sí vituperio:

*"che visser senza infamia e senza lodo."*

Pregunta quiénes son; Virgilio se lo dice, y agrega:

*"Fama di loro il mondo esser non lassa;  
Misericordia é Giustizia gli sdegna:  
Non ragioniam di lor, ma guarda e passa."* (12)

"El mundo no quiere que se conserve su memoria. La Misericordia y la Justicia los desprecian. No hablemos de ellos, míralos, y ¡adelante!"

El que teniendo talento lo oculta ó lo derrocha; el que poseyendo carácter varonil, lo afemina; el que se conforma con no dañar á sus semejantes, y por cobardía ó por egoísmo no quiere servirles, merece sufrir la terrible sentencia del poeta florentino: el desprecio de la Justicia y de la Misericordia.

